

Mi horror a la sangre comenzó el día que fui a parar junto a un corrillo de gente al cual acudían nuevos transeúntes y que rodeaba a un tranvía. Había algo en el suelo cerca del tranvía y yo me gritaba: “No vayas, no vayas”, pero sabía que a los muertos los tapan con una lona. Salió una mujer pálida, sostenida por un guardia, y no tenía encima rastros de sangre. Quedé desilusionado y ya me iba, cuando comprendí que la mujer se había limitado a tener miedo como yo, y ya volvían a temblarme las piernas porque la gente empezó a moverse, a circular, y ahora tenía que mirar los raíles. El tranvía había dado marcha atrás; la mancha de sangre era enorme, llenaba el espacio entre los raíles, y de ellas se escurrían regueros.